

saldría con todas sus fuerzas por cualquier punto y le derrotaría. De este modo el príncipe de Ponte-Corvo, aunque se halle bloqueado desde la ciudadela al otro extremo de la plaza, tendría libre la Cabeza de Flandes, y por ella su comunicación con el mariscal Moncey. Haríase avanzar la reserva, y no tardaría el enemigo en levantar el sitio para evitar una completa destrucción. Así, pues, no debe abandonarse jamás Amberes; el príncipe de Ponte-Corvo debe defender sus accesos todo lo posible, y encerrarse en ella con la escuadra, levantar reductos y fuertes en contorno para defender el campo atrincherado, y contener al enemigo á mil ó mil doscientas toesas de la plaza, impidiendo que bombardee la ciudad, y últimamente, después de reunir todos los recursos posibles, trayendo fuerzas y municiones por la Cabeza de Flandes, caer sobre él con setenta ú ochenta mil hombres, y sobre todo con gran fuerza de artillería de campaña.

»Resumiendo, el duque de Conegliano debe defender la isla de Cadzand y Terneuse, extendiendo su defensa hasta la Cabeza de Flandes. Deben asegurarse las comunicaciones á pesar de la inundación entre la Cabeza de Flandes, Gante y Bruselas. El duque de Conegliano debe proponerse el doble objeto de impedir que sea tomada la isla de Cadzand, y de defender la orilla izquierda imposibilitando al enemigo el bloquear la Cabeza de Flandes, por la cual debe mantener su comunicación con el príncipe de Ponte-Corvo. La mira de éste debe ser impedir que el enemigo pase al canal de Berg-op-Zoom, situarse sobre Amberes como un campo atrincherado, proteger sus comunicaciones con la Cabeza de Flandes y aprovechar la primera ocasión favorable sobre el enemigo.

»Si el duque de Istria se halla restablecido, envíele usted á Lila para que reemplace al duque de Conegliano.

»Dé usted al ejército del príncipe de Ponte-Corvo el nombre de *ejército de Amberes*; que el del duque de Conegliano se llame en adelante *ejército de la Cabeza de Flandes*, y la reserva *ejército de reserva*. Dé usted al duque de Conegliano la división de guardias nacionales del senador d'Aboville que se halla en Bruselas, y las tropas que descienden de la isla de Cadzand, con lo cual reunirá de veinticuatro á treinta mil hombres. Puede usted destinar al ejército del príncipe de Ponte-Corvo todas las tropas que están sobre las armas desde Amberes á Berg-op-Zoom y la división de guardias nacionales hoy acuartelada en Amberes.

»Puede usted dar al duque de Istria las tres divisiones de reserva de guardias nacionales.

»Así, pues, el príncipe de Ponte-Corvo, mi escuadra y el general Collaud deberán permanecer en Amberes. Usted cuidará de comunicar el plan de defensa al duque de Valmy, que deberá aproximarse para trasladar luego su cuartel general á Maestric. El duque de Conegliano trasladará el suyo á Gante para hallarse cerca de la isla de Cadzand, de Terneuse y de la Cabeza de Flandes. Finalmente, el duque de Istria, si no está enfermo, se encargará del mando de la reserva y de organizar las tres divisiones de guardias nacionales. Para triunfar formalmente de los ingleses es menester paciencia y confiarse al tiempo, el cual arruinará y escarmentará á su ejército, y esperar que venga el equinoccio, que no les

dejará más recurso que retirarse capitulando. Como principio general, entiéndase que quiero encuentros de co-reos y no encuentros de ejércitos.

»P. D. El duque de Conegliano y el duque de Valmy deberían mantener relaciones diarias.

»NAPOLEÓN.»

AL MINISTRO DE LA GUERRA

«Schenbrunn, 11 de septiembre de 1809.

»Hallará usted adjunto un decreto que acabo de expedir. Deseo no dejar más tiempo el mando en manos del príncipe de Ponte-Corvo, el cual continúa en inteligencia con los intrigantes de París y es hombre de quien no me puedo fiar. Envío á usted directamente el decreto para que aplace su cumplimiento en caso de haberse empeñado la acción cuando usted lo reciba; pero si, como espero, no hay combate y el duque de Istria está en disposición de marchar inmediatamente, le hará usted tomar el mando del ejército del Norte, escribiendo al príncipe de Ponte-Corvo que vuelva á París. Le hará usted entender mi desagrado por su orden del día, que no es cierto que tenga sólo quince mil hombres, cuando con el cuerpo del duque de Conegliano y de Istria tengo en el Escalda más de sesenta mil combatientes. Que aun cuando no tuviese más que los quince mil, su deber era no revelárselo al enemigo; que esta es la primera vez que se ve á un general descubrir el secreto de su posición por un exceso de vanidad; por último, que ha prodigado elogios á mis guardias nacionales que saben perfectamente que no han tenido ocasión de hacer nada. Le expresará usted después mi desagrado por sus comunicaciones con París é insistirá usted en que deje de recibir los malos boletines de los miserables á quienes alienta con su conducta. El tercer punto sobre el cual le notificará usted mis intenciones, se reduce á que vuelva al ejército ó vaya á tomar aguas.

»NAPOLEÓN.»

AL MINISTRO DE POLICÍA

«Schenbrunn, 13 de septiembre de 1809.

»Recibo su carta de usted del 7. Dígame usted que tiene doce mil casacas hechas de guardias nacionales. Creo no debe usted dárselas á la guardia nacional de París. Es menester contentarnos con vestir al batallón de voluntarios que ha de formarse, esto es, á los que quieran ir á batirse.

»En cuanto á los otros, deseo no continúen los alistamientos de guardias nacionales en París, sino que dejen de hacer servicio en cuanto sea posible.

»Por lo que hace á los del Norte, conviene que se mantengan hasta nueva orden. Esas casacas estarán mejor empleadas en los que se hallan defendiendo las fronteras, que en los badulaques que no quieren salir de París.

»NAPOLEÓN.»

AL MINISTRO DE POLICÍA

«Schenbrunn, 14 de septiembre de 1809.

»No le he autorizado á usted á alistar guardias nacionales en toda la Francia, Veo, sin embargo, que se mo-

lesta á los habitantes del Piamonte, adonde han escrito ustedes que se dispongan á tomar las armas.

»No quiero que se formen allí guardias nacionales, porque si convienen ó no, es cuestión que está aún por resolver.

»NAPOLEÓN.»

AL MINISTRO DE MARINA

«Schenbrunn, 20 de septiembre de 1809.

»Supongo que habrá usted empezado á armar mis naves de Amberes, y que habrá usted dado orden al mariscal Missiessy de ir con mi escuadrilla á dejar expedito el Escalda, con carta blanca, y para que mi escuadrilla de Boloña se dirija á Amberes. Ahora que los ingleses me han dado á conocer el secreto del Escalda, causa para usted de tantas dudas, quiero yo trasladar mi escuadrilla á Amberes.

»NAPOLEÓN.»

AL MINISTRO DE POLICÍA

«Schenbrunn, 24 de septiembre de 1809.

»Recibo su carta de usted participándome estar ya formados en todas partes los cuadros de guardias nacionales. Lo sé, y lo siento. Semejante medida no ha debido tomarse sin orden mía. Han obrado ustedes con excesiva premura. A pesar de lo hecho no me ahorran ustedes una hora de tiempo si fuese necesario armar á esos guardias nacionales. Habrá fermentación, mientras hubiera bastado poner en movimiento la guardia nacional de las divisiones militares designadas por mí. Ocu-pense ustedes en tranquilizar á los ciudadanos y en hacer que no se moleste al pueblo en sus ocupaciones cotidianas.

»Jamás he querido tener más de treinta mil guardias nacionales: ustedes han alistado más, y han hecho mal. Para arreglarlo todo he extendido un decreto, que el ministro de la Guerra debe ya haber recibido. Pueden ustedes regimentar en buen hora á los que voluntariamente se ofrezcan á salir de París; pero dejen ustedes en la población á los que quieran permanecer en ella, y procuren ustedes ir gradualmente amortiguando la fermentación que han ocasionado; que cubra las guardias y los depósitos la gendarmería de París, y que cese la agitación dejando á todo el mundo en paz. Bastaba con proporcionarme soldados en la costa; lo han conseguido ustedes y me alegro; pero desapruero el movimiento inútil suscitado en tantos otros puntos.

»NAPOLEÓN.»

AL MINISTRO DE POLICÍA

«Schenbrunn, 26 de septiembre de 1809.

»Veo en el Boletín de la policía que han sido llamados á alistarse los guardias nacionales del Jura, de la Costa de Oro, del Doubs, de Lot y Garona; no quiero nada de eso. He designado las divisiones militares que deben formarse. No comprendo qué furor les ha acometido á ustedes de poner en movimiento la Francia entera. ¿Adónde vamos á parar? En esas medidas hay una excesiva ligereza. Todo eso hace mucho daño, y en la disposición que da á los ánimos, cualquier leve aconte-

cimiento puede producir una crisis. El movimiento de los guardias nacionales de los departamentos del Norte era natural cuando el enemigo amagaba á Amberes; nadie discute cuando el enemigo está delante y tiene uno que defender sus hogares; pero no tienen el mismo interés los departamentos situados al extremo opuesto de la Francia. Semejantes medidas son ilegales. Apresúrense ustedes á dar contraórdenes y á tranquilizar el país. No es por cierto la menos importante de todas las cuestiones políticas la de saber si conviene formar una guardia nacional en el Piamonte, y ustedes se arrojan á organizarla sin tomar precauciones de ninguna especie en los nombramientos de oficiales. Todas esas son locuras. La Francia no sabe lo que se le pide. Cuando ustedes piden guardias nacionales á Flandes para que acudan á defender las fronteras que quiere morder el enemigo, hacen bien; pero cuando arman el Langüedoc, el Piamonte y la Borgoña, hacen creer en una agitación que no existe: no corresponden ustedes á mis intenciones, y me ocasionan dispendios inútiles.

»NAPOLEÓN.»

AL MINISTRO DE POLICÍA

«Schenbrunn, 26 de septiembre de 1809.

»Una especie de vértigo se ha apoderado en Francia de todos los cerebros. Todos los partes que recibo me anuncian alistamientos de guardias nacionales en Piamonte, en el Langüedoc, en Provenza y en el Delfinado. ¿Qué diantres quieren ustedes hacer con todo ese aparato, no habiendo urgencia, y sin orden mía? Semejantes medidas exceden del poder ministerial y debían ser autorizadas por el consejo de ministros. Yo no he recibido acta ninguna de este consejo. A la primera noticia de la expedición mandé alistar treinta mil guardias nacionales, y designé las divisiones militares de donde debían sacarse. Si los hubiese querido en otras partes ya lo hubiera dicho. Compréndese que el Artois, Flandes, Brabante y Lorena den guardias nacionales para socorrer á Amberes, puesto que el enemigo desembarca en el Escalda; pero ¿qué idea pueden formarse de lo que se les pide las provincias del Piamonte, Langüedoc, Franco-Condado y Delfinado, levantándolas en armas? El pueblo vacila en sus juicios respecto del gobierno, los ánimos se inquietan, y un mero incidente puede producir una crisis. No sé hasta qué punto merece censurarse la conducta de los habitantes del departamento Des-Forets, que han pedido se les mostrase el decreto mandándolos movilizar. Paréceme que están en su derecho. Cabalmente por esto he enviado siempre el decreto á los departamentos cuya cooperación exigía. No sé lo que han hecho ustedes en las cercanías de París; más sencillo era organizar tres mil hombres en reemplazo de la guardia municipal y formar dos ó tres batallones para marchar al enemigo. Esto debieron ustedes hacer. Mientras yo pido una nueva conscripción, ocúpense ustedes en tranquilizar los ánimos. Hable usted de esto en el consejo de ministros. Como me hallo ausente no puedo saber lo que ahí se ha hecho. Tomen ustedes medidas para que los prefectos lo repongan todo en su antiguo estado. No quiero más guardias nacionales que los que he pedido, y después de pensado con madurez, tampoco quiero oficiales que no conozco. Los prefectos, hom-

bres adocenados la mayor parte, no merecen mi confianza en asunto de tamaña importancia.

»Si los guardias nacionales fuesen como los guardias de honor, habrían ustedes dado al pueblo jefes animados por un interés opuesto al suyo, sobre todo en los días de crisis.

»NAPOLEÓN.»

AL MINISTRO DE POLICÍA

«Schenbrunn, 14 de octubre de 1809.

»Recibo su carta del 7. No he podido yo aprobar jamás otro alistamiento de guardias nacionales que el de los interesados en repeler la agresión de los ingleses en Amberes. Ni la Provenza ni el Langüedoc ni el Delfinado ni los otros departamentos distantes podían recibir daño alguno de la expedición inglesa. Debo, pues, censurar que hayan alistado guardias nacionales

en estas provincias. Por otra parte, desde el 9 de septiembre en que la expedición dejó de ser lo que se anunciaba, no he cesado de mandar que se diesen contraórdenes, y precisamente desde esa fecha veo á la Francia entregada á la agitación de los alistamientos. Ciertamente un Estado grande y una vasta administración requieren mucha actividad y celo; pero nunca están de más el juicio y la mesura. La guardia nacional de París está en el mismo caso; mientras los ingleses atacaban nuestro territorio, nadie se movía; y ahora que se han alejado, todos bullen. Si insisto en esto no es porque desconozca su celo de usted, sino porque veo con sentimiento que conmueven ustedes la Francia cuando yo me limitaba á alistar sólo treinta mil guardias nacionales, comprendida la división del general Rampón. El resultado final ha sido poner de manifiesto el buen espíritu que anima al pueblo francés y del cual nunca he dudado.

»NAPOLEÓN.»

FIN DE LOS DOCUMENTOS

## LIBRO TRIGÉSIMO SÉPTIMO

### EL DIVORCIO

Progresos de las negociaciones de Altemburgo. - Napoleón deseaba la separación de las tres coronas de la casa de Austria, ó su traslación á las sienas del duque de Wurtzburgo. - No queriendo abrir una nueva campaña para conseguirlo, se contenta con nuevas adquisiciones de territorio en Italia, Baviera y Polonia. - Resistencia del Austria á los sacrificios que de ella se exigen. - Dilaciones calculadas de Metternich y del general Nugent, plenipotenciarios austriacos. - Arriégase el emperador Francisco á tratar directamente con Napoleón, enviándole á Mr. de Bubna con una carta suya. - Trasládase á Viena la negociación de Altemburgo. - Últimos debates: firmase la paz el 14 de octubre de 1809. - Ardid de Napoleón para asegurar la ratificación del tratado. - Sus órdenes para la evacuación del Austria y para enviar á España todas las fuerzas que la paz hacía disponibles. - Tentativa de asesinato cometida contra su persona en el patio del palacio de Schoenbrunn. - Su regreso á Francia. - Asuntos de la Iglesia durante los acontecimientos políticos y militares del año 1809. - Situación intolerable del papa en Roma en medio de tropas francesas. - Para poner término á esta situación expide Napoleón el decreto de 17 de mayo, que reúne al imperio francés los Estados de la Santa Sede. - Bula de excomunión con que responde el papa á dicho decreto. - Prisión del papa y su traslación á Savona. - Estado de los ánimos en Francia de resultas de los sucesos militares, políticos y religiosos del año. - Alteración profunda ocurrida en la opinión pública. - Llegada de Napoleón á Fontainebleau. - Su residencia en este sitio, y cambio que en él se advierte. - Reunión de príncipes, parientes y aliados en París. - Regreso de Napoleón á París. - Los últimos acontecimientos le confirman en su resolución de divorciarse. - Confía este propósito al archicanciller Cambaceres y al ministro de Relaciones exteriores Champagny. - Llama Napoleón á París al príncipe Eugenio para que predisponga á su madre al divorcio, y hace pedir la mano de la gran duquesa Ana, hermana del emperador Alejandro. - Llega á París el príncipe Eugenio. - Dolor y resignación de Josefina. - Fórmula adoptada para el divorcio, y consumación de este acto el 15 de diciembre. - Retírase Josefina á la Malmaison y Napoleón á Trianón. - Cómo se recibió en San Petersburgo la petición de Napoleón. - Consiente el emperador Alejandro en darle su hermana, pero haciendo que acompañe á esta alianza un tratado contra el restablecimiento eventual de Polonia. - Dilación calculada de la Rusia, é impaciencia de Napoleón. - Secretas comunicaciones que descubren el deseo del Austria de dar á Napoleón una archiduquesa. - Consejo de grandes del imperio en que se discute la elección de una nueva esposa. - Cansado de las dilaciones de la Rusia, rompe Napoleón con ella, y resuelve desposarse con una archiduquesa de Austria. - Firma el mismo día por medio del príncipe de Schwarzenberg su contrato matrimonial con María Luisa, copiando el de María Antonieta. - Pasa á Viena el príncipe Berthier á pedir de oficio la mano de la archiduquesa María Luisa. - Acogida lisonjera que se le hace en aquella corte. - Matrimonio celebrado en Viena el 11 de marzo. - Matrimonio celebrado en París el 2 de abril. - Retroceso momentáneo de la opinión pública y últimas ilusiones de la Francia sobre la duración del reinado imperial.

Lo que más halagaba á Napoleón en el suceso de Walcheren era la influencia de aquella expedición en las negociaciones de Altemburgo. Había empleado el tiempo transcurrido desde el armisticio de Znaim en reponer su ejército de Alemania en el estado más floreciente, para poder aniquilar á los austriacos caso de no convenirle las condiciones de la pacificación propuesta. Su ejército acampado en Krems, Znaim, Brunn, Viena, Presburgo, Edemburgo y Gratz, bien mantenido, descansado, ampliamente rehecho con la llegada y la disolución de las medias brigadas, provisto de ganado nuevo para la caballería y de una numerosa y excelente artillería, era superior á lo que había sido en las mejores épocas de aquella campaña. Había formado Napoleón para el general Junot con las guarniciones que habían quedado en Prusia, algunas medias brigadas confiadas al general Rivaud, las reservas reunidas en Augsburgo, los regimientos provisionales de dragones y unos cuantos wurtembergueses y bávaros, un ejército de treinta mil infantes y cinco mil jinetes para vigilar la Suabia, la Franconia y la Sajonia, é impedir las correrías del duque de Brunswick-Eels y del general Kienmayer. El mariscal Lefebvre guerreaba con los bávaros en el Tirolo. Quedaba por último el nuevo ejército de Amberes, de cuya fuerza y valor tenía sin duda una idea exagerada,

pero que de todos modos era un ejército más sobre todos los que ya tenía. Podía por consiguiente tratar con ventaja con una potencia que, á pesar de sus esfuerzos por reorganizar sus tropas, no podía restablecerse. Y sin embargo de los inmensos recursos de que disponía, quería Napoleón la paz, y la quería sinceramente por motivos muy plausibles.

Al principio de la guerra, cuando se lisonjaba de poder anonadar al Austria del primer golpe, haciendo indebido desprecio de los grandes medios de ataque y defensa preparados por aquella potencia, se había admirado Napoleón de la resistencia que en ella había encontrado, y aunque sin perder jamás la confianza que tenía en sí mismo, había creído algo menos en la facilidad de derribar á la dinastía de Habsburgo. No tratando ya ahora de acabar con ella, la guerra para él no tenía objeto, porque después de haberle quitado en 1805 los Estados venecianos y el Tirolo, nada más podía sacar para sí. Quitarle al emperador de Austria dos ó tres millones más de habitantes para reforzar el ducado de Varsovia hacia Galitzia, á Sajonia hacia la Bohemia, á Baviera hacia el Austria superior, y á Italia hacia la Carniola, no era un interés que mereciese una nueva campaña por más brillante que pudiera ser. Sus deseos hubieran quedado colmados separándose las tres coro-